

A lomo con creencias fantásticas

Sealtiel Alatríste



Saúl Yurkievich y Julio Cortázar en París, 1977

27 de julio de 2005: muere el poeta y ensayista Saúl Yurkievich en la carretera de Caumont-sur-Durance, en el sureste de Francia.

Es posible que se haya quedado dormido mientras manejaba, los policías que inspeccionaron el lugar del accidente no encontraron signos de que hubiera frenado bruscamente o que algo lo perturbara mientras manejaba. Simplemente no vio la curva y se salió de la carretera, una carretera que conocía bien, pues muy cerca, en Saignon, tenía la casa en la que pasaba todos los veranos. Muchos años atrás había

querido comprar una casa en Avignon con el dinero que obtuvo en un premio; no le alcanzó para adquirir la que de inicio había seleccionado en la ciudad y empezó a buscar en los alrededores hasta que a cien kilómetros descubrió la pequeña casa, o mejor, la terraza de una pequeña casa que daba a un paisaje majestuoso, y que en poco tiempo se convirtió en su residencia veraniega. Es posible que hacia allá se dirigiera la tarde del 27 de julio pasado, o que hubiera salido a comprar algunas viandas. Qué importa ya. Como le sucedió a Camus, a Sebald o a José Carlos Becerra,

Saúl Yurkievich encontró la muerte inesperadamente manejando en una carretera solitaria.

No puedo borrar de mi cabeza la imagen que surgió en mí apenas conocí la noticia. Saúl siente que la parte trasera de su auto se levanta, por un segundo había cerrado los ojos vencido por el sueño. Un instante de oscuridad e inconciencia lo ha cambiado todo. Había sentido una especie de golpe en la base de la nuca que ocultó la realidad para destruir el tiempo. Sus ojos guiñados se abren de repente y ven estupefactos cómo el paisaje se disloca, el

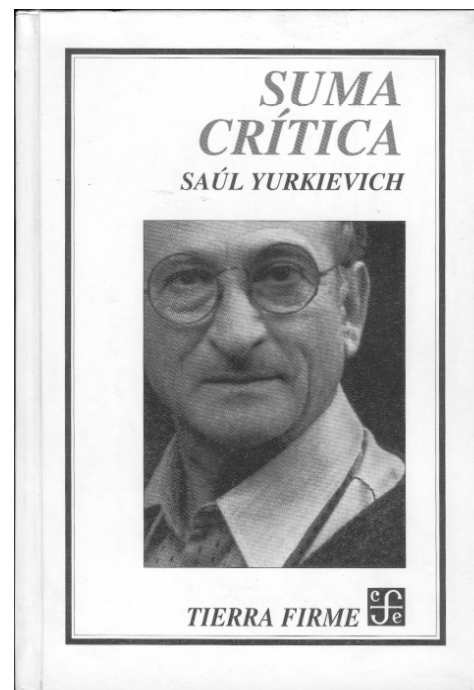
auto pierde tierra, el suelo ocupa el sitio del cielo y aparecen ráfagas de árboles, de viento y nubes alborotadas, antes de que se escuche el ruido siniestro de los cristales que se rompen cuando el coche cae de nuevo a tierra. Quienes hemos salido vivos de experiencias similares, sabemos que inevitablemente se ve el rostro de la muerte por unos breves segundos, los mismos segundos en que con las manos nos aferramos al volante para detener la vida. Después, aunque se conserve la vida, nada es igual. El instante efímero que transcurre entre la oscuridad y la tragedia mide la esencia de la existencia. Eso tuvo que experimentar Saúl, se aferró al volante pero fue inútil: la vida se había acabado.

Dice el *Libro tibetano de los muertos* que en un momento transcurre la vida pasada frente a los ojos del trágico protagonista. Es una imagen torpe, romántica si se quiere. Al momento en que el auto empieza a volar uno tiene conciencia de la vida, de la propia vida, y por un instante se tiene una suerte de noticia de lo que se ha vivido. La eternidad abarca ese segundo último de la conciencia que acompaña el ruido insoportable de la realidad que se hace añicos.

No puedo dejar de preguntarme qué vio, qué sintió, qué temió Saúl Yurkievich en ese momento. Alguna vez, en una cantina de Guadalajara, nos contó a Ignacio Solares y a mí que Julio Cortázar no sólo creía en lo fantástico, sino que estaba seguro de la existencia de los fantasmas. Nos habíamos reunido para que nos hablara de Julio, nos observaba con su mirada alegre desde la extrema delgadez de su cuerpo y la multitud de arrugas de su rostro. “Julio no sólo creía en la fuerza del azar o las predicciones del *I Ching*”, nos contó, “estaba seguro de que alguna vez se encontraría con

un fantasma. Yo pienso que ya se había encontrado con muchos pero no lo quería decir”. Había un rastro de verdad en sus palabras, como si él también creyese en fantasmas pero no quisiera reconocerlo. No me atreví a preguntarle nada ni a pedirle que me aclarara a qué venía el comentario. Intuí, sospeché, columbré un efecto cabalístico en la broma que nos quería jugar. Saúl, más que un académico, era un crítico que sabía cuál era su misión literaria. No hacía alarde de ello, pero si uno lee con atención sus críticas, sus ensayos, sus prólogos y las notas a los muchos libros de los que fue editor, se puede percatar que sabía que él era uno de los responsables de mantener la literatura latinoamericana a buen resguardo. Ya lo dijo Christopher Domínguez en su nota luctuosa: Yurkievich sabía que los críticos eran custodios de la llama, pulidores del cristal a través del cual se ve la tradición. Esa seriedad académica, su forma de abordar la crítica sin concesiones fáciles, contrastaba con el comentario burlón sobre los fantasmas en los que creía Cortázar. Es probable, entonces, que la alusión tuviera más que una intención burlona, más incluso que un deseo cabalístico, e ilustrara que la suya, la de Saúl y Julio, era una amistad llevada a lomo con creencias fantásticas.

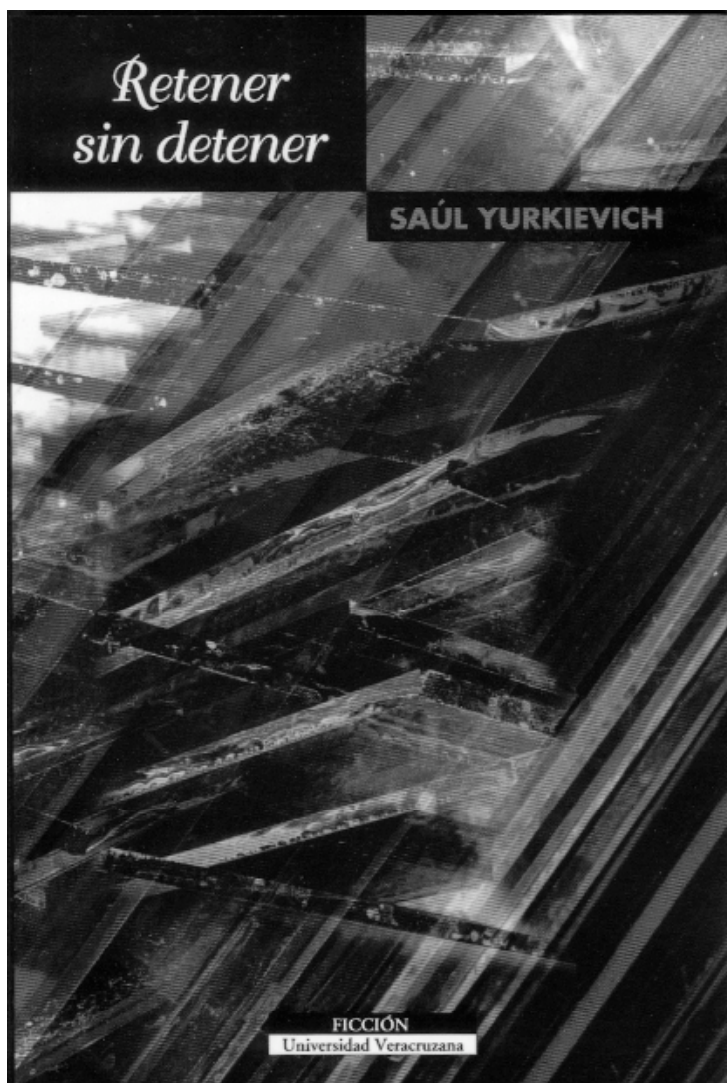
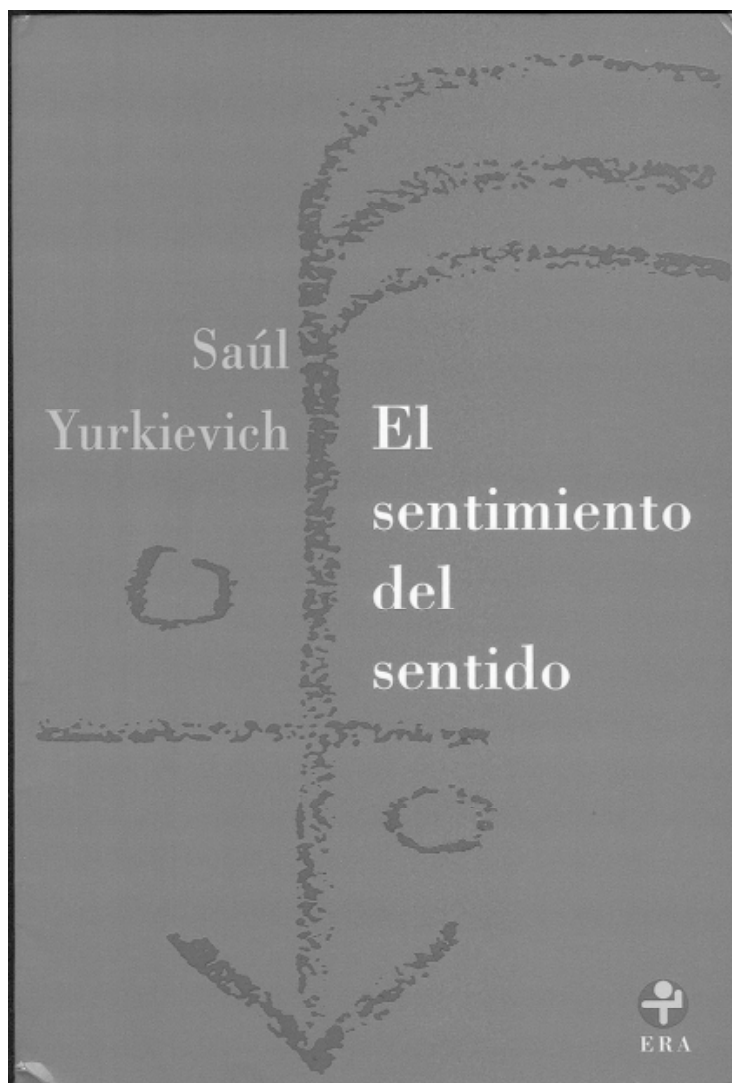
Ahora que la recuerdo, aquella plática de Guadalajara tuvo lugar mientras Yurkievich preparaba la edición de la correspondencia de Cortázar, que iba a aparecer en tres volúmenes dos años después. Julio lo había nombrado su albacea literario, no su apoderado, ni el titular de los derechos, ni su heredero, sino el encargado de fijar su obra y decidir cuál de los inéditos que dejaba debería publicarse. Era un juego, como el mismo Saúl lo confesó; un juego, pienso yo, con un cierto carácter borgeano, pues



todos los libros que Saúl encontró en su escritorio estaban prácticamente listos para la imprenta, corregidos inclusive por el difunto. ¿Cuándo lo había hecho? No se sabe. ¿Por qué no los publicó y legó la responsabilidad a Yurkievich?, tampoco se sabe. “Habría que ser Dios para tirar alguno de aquellos manuscritos”, confesó Saúl en una entrevista. Así que pacientemente, durante varios años, se dedicó a ordenar libro tras libro para que vieran la luz tal y como, estaba seguro, hubiera querido Julio Cortázar.

¿Cabe sospechar que aceptó la responsabilidad de ser el albacea de una de las obras más ricas de la literatura iberoamericana, no sólo por el conocimiento al detalle que tenía de ella, sino porque se sabía acompañado de su autor?, ¿es posible pensar que, a pesar de su rigor académico y crítico, supiera que Julio —o su fantasma— lo acompañaría paso a paso? Ahora

Ahí estaba Cortázar sonriéndole
como le sonrió tantas veces cuando se reunían
en París para hablar de literatura
o para escuchar jazz.



...Saúl, más que un académico, era un crítico que sabía cuál era su misión literaria.

me da por pensar que sí, que aquella confesión que nos hizo a Solares y a mí no quería revelarnos el carácter de Cortázar sino el suyo propio. “Las cartas de Julio”, nos dijo, “son su autobiografía”. Ésa era la responsabilidad que había adquirido: dar forma a las memorias de su amigo contando con su colaboración. ¿No hay algo mesmeriano en este propósito?, ¿algo de cuento de Edgar Allan Poe? Imaginé entonces —o quizás imagino ahora— que Saúl se encerraba con las cartas y las iba ordenando según un criterio que a muchos podría parecer azaroso, pero que era el or-

den con el que se ponía de acuerdo con Julio. Se divertirían recordando el instante o el motivo que había suscitado aquella correspondencia. No necesitaban convocar la casualidad —la casualidad que, por ejemplo, hacía que Horacio Oliveira encontrara a la Maga— sino que entre ellos se ponían de acuerdo al buen tun tun.

Es posible que no me resigne a que esté muerto y por eso quiera recordarlo así: cuando el auto quedó quieto en el suelo y el insoportable ruido de los vidrios rotos se suspendió, Saúl abrió los ojos y lo vio. Ahí estaba Cortázar sonriéndole como le

sonrió tantas veces cuando se reunían en París para hablar de literatura o para escuchar jazz. Le dolía el cuerpo, cada coyuntura debería parecerle fuera de lugar y seguramente se había roto varios huesos, pero la sonrisa de Julio era como un bálsamo. Ninguno de los dos habla, sólo cruzan miradas con propósito anunciado. La vida no pasa frente al accidentado, se dice, sino que la conciencia que da haber vivido con placer quema la piel en el momento de morir. Ya no se escucha ningún ruido, el silencio del mundo ha ocupado aquel paraje del sureste francés que tanto les gustaba. **U**